



Azul es el color del cielo



Magdalena Helguera

Ilustraciones de Pantana

loqueleo

Hasta que nació Leopoldo, Mirasuelo había sido un pueblo tranquilo, con su plaza en el centro, su almacén y su escuela, un arroyo claro corriendo al costado y un espeso bosque que lo protegía del viento y de las miradas extrañas.

Un lugar como tantos, perdido en el mapa, donde todos se conocían y se saludaban al pasar:

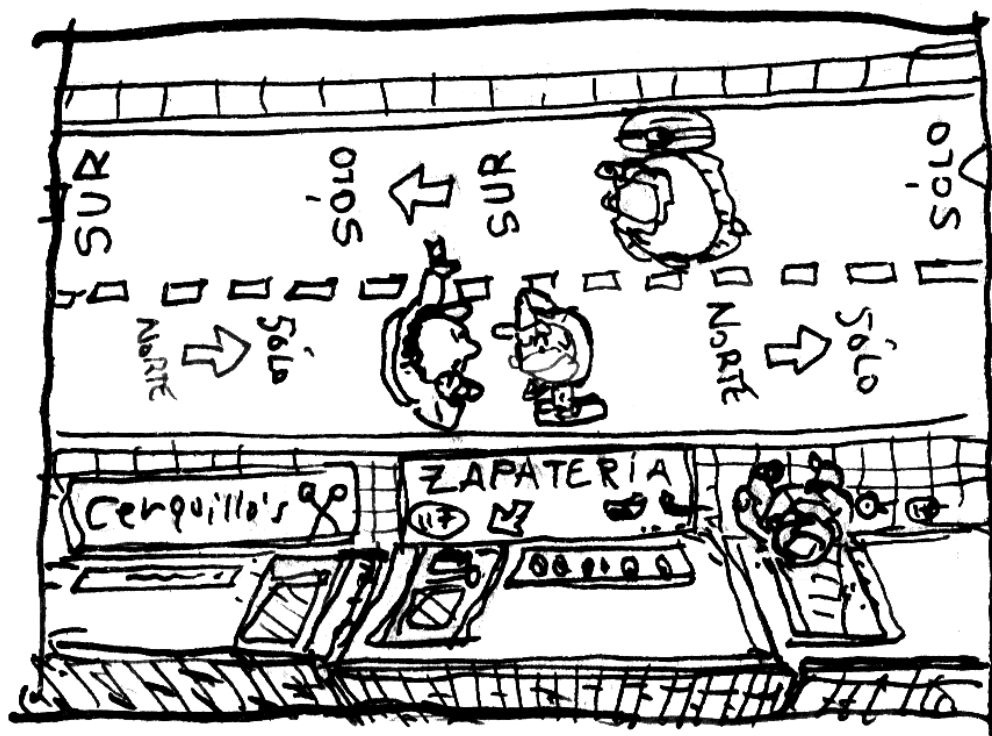
—Buen día, doña Clotilde. Lindo día, ¿no? Parece que la arena no está tan húmeda hoy.



BIENVENIDA A
VITRASUELA

—Por suerte, m'hija, porque a mi edad... Te felicito por tu nene. ¡Está precioso! ¡Qué hermosas rodillas tiene!

—Gracias, doña Clo. Saludos a su hermana.



Los pobladores de Mirasuelo caminaban a su trabajo con la mirada fija en el polvo del camino, se afanaban varias horas observando su arado, sus máquinas o sus papeles y regresaban a sus casas contemplando atentamente sus pies. Cenaban y se sentaban a charlar con la familia.



—Cuidado, querida, hay una arañita al lado de tu pie.

—Gracias, ya la había visto.

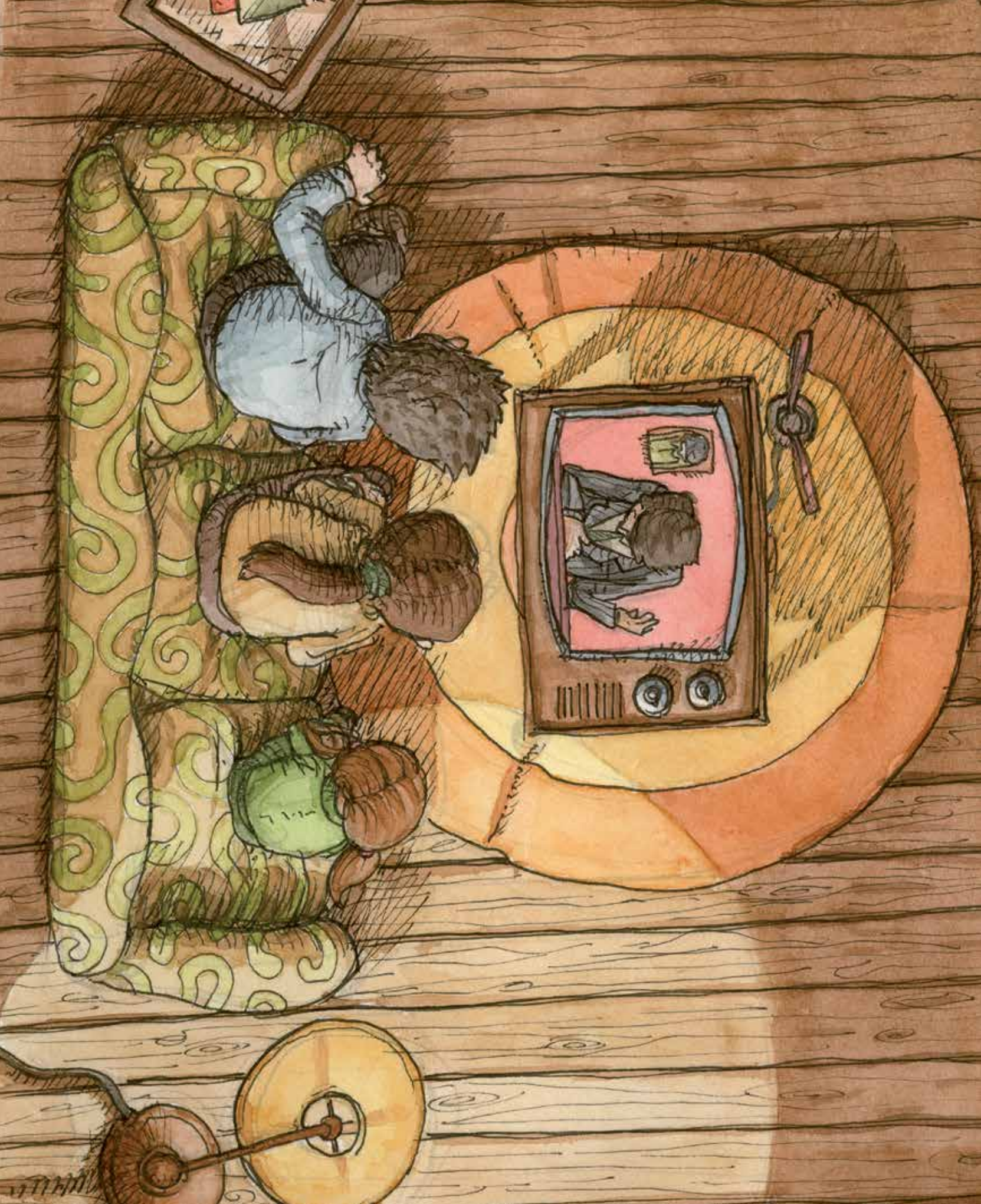
—¡Papá! ¿Con qué se hacen los cordones de los zapatos?

—¡Mamá! Hay una mancha nueva en la alfombra...

Así todos los días. Desde siempre. Ningún habitante de Mirasuelo había sentido alguna vez la tibieza del sol en la cara, ninguno jamás había saludado a un avión ni había visto caer una estrella. Y aunque nadie, ni aun los más ancianos, sabía el origen de esta costumbre, era para ellos tan natural que tampoco a nadie, al parecer, se le había ocurrido cambiarla.

No es de extrañar entonces que todos allí ignoraran que su pueblo, tan parecido a otros rincones del mundo, tenía algo muy fuera de lo común: su cielo era totalmente blanco.





Pero no blanco color de nubes. ¡Blanco color de nada! Blanco aburrimiento, podría decirse.

Porque como allí nadie se molestaba en mirarlo, ¿para qué iba a malgastar el cielo su hermoso azul resplandeciente? Y el sol, ofendido porque en ese fondo incoloro sus rayos desmerecían muchísimo, sólo enviaba la luz indispensable para cumplir con su trabajo, sin lucir por mucho tiempo su brillante cara amarilla.

Por supuesto que tampoco se veían nubes picaronas que jugaran a tapar el sol y dejar pasar de vez en cuando rayito sí rayito no, ni nubes románticas con forma de corazón para los enamorados o de helado de crema para los golosos. Como en Mirasuelo no había quien valorara su arte, las nubes se limitaban a pasar de vez en cuando, soltar su carga de gotas y volar hacia otros lugares donde apreciaran sus talentosas esculturas en agua.

